

# CRONICA INTELECTUAL

---

## LA SEMANA DE PALMA

Este verano de 1933 nos ha traído ocasión de hacer a Ricardo Palma, intensa y justificada exaltación. El 7 de febrero se cumplían cien años de su nacimiento y Lima tenía el deber de no dejar pasar indolentemente una fecha tan noble. Palma es uno de los puestos principales a lo largo de nuestro itinerario espiritual y el mejor historiador que ha tenido la ciudad. Era por eso necesario volver a pregonar su significación y su grandeza y entregarle, en la hora de su centenario, el calor de un recuerdo emocionado. La "Sociedad Amigos de Palma", agrupación formada por un grupo de intelectuales y artistas de primera línea y que con tanto brillo preside el doctor José de la Riva Agüero, tomó a su cargo el homenaje. Consistió este, principalmente, en siete días de conferencias y actuaciones que constituyeron la **Semana de Palma** y congregó en torno de su memoria, en uniforme ademán de reconocimiento, el sonido de muchas voces de crítica de limpio crédito.

El día 6, víspera del aniversario, a las 10 de la noche, el señor Carlos Pareja Paz Soldán dió una conferencia por radio en la que trazó la biografía de Palma, ocupándose luego de las características más saltante de su obra y del emplazamiento que tiene en nuestra historia literaria. Al día siguiente - 7 de febrero - habló en "Entre Nous" el doctor José de la Riva Agüero y Osma. Su disertación de ese día, abordaba aspectos intocados por él en anteriores ensayos sobre Palma. Reproducimos mas adelante el discurso del doctor Riva Agüero aún no publicado de manera íntegra en ningún órgano periodístico. El jueves 9 se inauguró la Exposición Palma, arreglada también por la Sociedad "Amigos de Palma". Se exponían en élla los objetos personales de Don Ricardo, los retratos de los que fueron sus compañeros de bohemia y literatura, manuscritos de al-

gunas Tradiciones, y se intentaba la reconstrucción de un rincón del cuarto donde pasó Palma, en Miraflores sus últimos días.

Es la primera vez que se hace en el Perú una de estas Exposiciones tan frecuentes en países de Europa. Muy bien dispuesta mereció la aprobación de todos los que tuvieron ocasión de contemplarla. Momentos antes de que se permitiera el acceso del Público al salón de la Exposición el doctor José Gálvez recitó a la memoria de Ricardo Palma los emocionados y delicados versos que había compuesto expresamente y que recitó con toda distinción. El 10, continuando **La Semana de Palma** el doctor Jorge Guillermo Leguía hizo el estudio de Palma en el salón de conferencias de la Sociedad Geográfica de Lima. Lo ubicó en la cultura peruana, haciendo previamente una interpretación de nuestra historia con carácter social. Explicó como el amor que Palma tuvo a la Colonia no podía ser interpretado como síntoma de conservadorismo y terminó haciendo resaltar la importancia y el mérito de la restauración que Palma cumplió en nuestra Biblioteca Nacional. El ensayo del señor Jorge Guillermo Leguía reveló su gran amor a nuestra historia y el conocimiento que tiene de nuestro pasado. El sábado 11, el doctor Víctor Andrés Belaúnde habló de la fisonomía política de Palma. Estudió las notas centrales del liberalismo peruano haciendo notar que no hubo contradicción entre el romanticismo literario de Palma y su fervor liberal. Se ocupó de sus opiniones sobre diversos puntos de política y terminó alabando el celo con que al retirarse de la Actuación Pública se dedicó a la obra de reconstruir la Biblioteca Nacional. Gran cultura desplegó el doctor Belaúnde en esta conferencia cuyas características más saltantes fueron la emoción y la elegancia. Terminada la conferencia del doctor Belaúnde el señor Eduardo Martín Pastor declamó un verso lleno de color y movimiento que en forma de oración había compuesto al Maestro de las Tradiciones. Sobre el aspecto romántico de Palma, habló el doctor Raúl Porras Barrenechea el lunes 13 de febrero. Evidenció al hacerlo poseer amplio dominio sobre nuestra historia literaria y verdadera disposición para reconstituir precisamente el ambiente de una época. Hizo un estudio del romanticismo como Tendencia en América y Europa y examinó la intervención de Palma en el Teatro reseñando con tal motivo la agitación cultural del siglo pasado. Hizo luego uso de la palabra la señorita Angélica Palma, para agradecer los homenajes que se habían rendido a su Padre en el trans-

curso de la Semana de Palma. Las frases de Angélica Palma fueron largamente aplaudidas. Cerró la Semana de Palma, la charla que sustentó por radio el martes 14 el señor Pedro Manuel Benvenuto Murrieta. Examinó en ella "El Juicio de Trigamia" obra humorística en verso compuesta por Ricardo Palma en colaboración con dos escritores más. El señor Benvenuto vertió en ella auténtico ingenio limeño y volvió a demostrar sus conocimientos de historia nacional.

Esta Semana de Palma, brillantemente desarrollada, mereció el interés y el entusiasmo que el público inteligente de Lima le concedió. Implicaba un suceso de alta cultura hasta no presenciado en el Perú y entrañaba, al mismo tiempo, el esclarecimiento y la revisión de la obra de uno de los pocos valores nacionales de resonancia continental. La actitud noble y magnífica, rotundamente desprendida, de la Sociedad Amigos de Palma, que salvó del silencio a fecha de Don Ricardo Palma, debe ser apreciada sólo con palabras de encomio. Es también ésta la mejor compensación que tienen sus miembros: saber que los que sienten la cultura como algo superior y permanente los felicitan cordialmente. Vá en seguida el discurso pronunciado por el doctor José de la Riva Agüero en "Entre Nous," al iniciarse la Semana de Palma. Poblado de aportes nuevos para la averiguación de la genealogía intelectual de las Tradiciones, es uno de los más valiosos presentes que la cultura peruana ha podido ofrendar, en su aniversario centenario, al mejor tradicionista de nuestra tierra.

---

Señoras y Señores:

Cuento entre las mayores honras y satisfacciones de mi vida, haberme tocado pronunciar este elogio público de D. Ricardo Palma en el primer centenario de su nacimiento, así como hace diecisiete años me correspondió el del Inca Garcilaso en el tercero de su muerte. Porque, en épocas distintas y en géneros análogos, el Inca Garcilaso y D. Ricardo Palma, el cronista cuzqueño y el tradicionista limeño, son, sin duda alguna, los más representativos de nuestros escritores, los dos literatos que realizan más cabal y gloriosamente las peculiares propensiones artísticas de nuestro carácter peruano. Los argumentos de sus obras esenciales y la manera de tratarlos, o sean el fondo y la forma, los constituyen perfectos trasuntos del Perú; y el patriotismo de ellos a la par se alimenta y se recrea. En las páginas de ambos se deleité mi niñez; mi juventud se empleó en estudiarlos críticamente; y mi madurez les rin-

de el merecido homenaje en sus solemnes conmemoraciones seculares. La ternura por las cosas vernáculas, el apasionado apego a los recuerdos y usos de nuestra tierra, los sentimientos patrios, en suma, tienen en los relatos de ambos autores sus más a-  
menas y claras fuentes.

En el caso de D. Ricardo Palma, a la simpatía literaria se agrega el vínculo de mi cariñosa amistad. No pasaba yo de los ocho años cuando mi abuelo me llevó a conocerlo, como a un monumento curioso. Acababa Palma de regresar de España; y al oírle hablar con los míos conjuntamente de personas familiares y de pretéritos sucesos, mi mente pueril adivinó en él un benigno brujo que convertía lo lejano en próximo, lo muerto en redivivo, y que nos hacía contemporáneos de lo pasado. Entonces se guardaban, en los salones de la Biblioteca, la galería de retratos de los gobernantes, y los cuadros de Laso y de Merino. Aquel día D. Ricardo me los enseñó y explicó, respondiendo con indulgencia a las incesantes preguntas de mi vivacidad infantil. Desde esa tarde, para mí memorable, su imagen se me asoció de inseparable manera con las de los arcaicos personajes; las sangrientas escenas de nuestros lienzos románticos, como **La venganza de Cornaro**, ante la cual se detuvo un buen rato; y las pintorescas figuras de frailes y tapadas, que en dicho embrionario museo aparecían. Mi ingenua mirada de niño lo situó en su exacto medio espiritual, presintiendo de golpe la serie íntegra de sus **Tradiciones**. Bastantes años después, evoco nuestras charlas, cuando, estudiante universitario, acudía yo con igual solicitud a consultar los libros de la Biblioteca y las remembranzas del anciano Bibliotecario ilustre; su venerable e insólita asistencia personal en la Facultad de Letras, con que quiso realzar las ceremonias de mis grados académicos; luego la célebre velada del 11 de Marzo de 1912, en que la juventud intelectual le tributó fervorosa adhesión, al propio tiempo que él y nosotros expresábamos de consuno inquietos presagios sobre el porvenir del país, por desgracia sobrado cumplidos; y en fin, su serena senectud triunfal, su limpio ocaso de apoteosis en Miraflores, cuando del campestre retiro vino únicamente a su Lima a recibir las aclamaciones de los representantes estudiantiles de la América Española, y a bendecirlos con efusión, como un abuelo excelso, en nombre de la común herencia que a todos nos hermana. Las noticias de su tranquilo apagarse de octogenario y de sus espléndidos funerales, fueron en 1919 a reanimar en el extranjero mis memorias y mis nostalgias. Hoy, al contarse cien años de su natalicio, han inaugurado, en la Biblioteca que tanto amó y que restauró con su esfuerzo, la legítima obra de arte de su busto, ciñéndolo y regándolo de flores, tal como él lo deseaba y preveía en 1909, cuando rehuía la coronación poética; y ahora nos reunimos aquí, en este centro magnánimo de **Entre Nous**, que tan bien substituye a las desfallecientes corporaciones literarias locales, y que es acreedor por ello al reconocimiento, no sólo de la familia de Palma, sino de todos los que somos admiradores del maestro incomparable. En rededor del duplicado de su busto, debido, como el de la Biblioteca, al vigoroso escultor español Piqueras, y obedeciendo al requerimiento de un gratísimo deber de cultura y peruanismo, vamos a estudiar una vez más los principales aspectos de la personalidad literaria de Palma, y a celebrar justamente las dotes que lo hicieron el más característico y famoso de nuestros prosistas en el pasado siglo.

Los veinte primeros años posteriores a la desaparición de un gran escritor, suelen ser los más desfavorables para su recta apreciación y crédito. Pocos se libran de la reacción extremosa. Después del luminoso cortejo del tramonto y de la glorificación que acompaña a las exequias, se manifiestan en el público la saciedad y el hastío, el movimiento oscilatorio de la contradicción, las peripecias del tránsito ascendente desde las diarias categorías artísticas hasta las históricas, y en el fondo el desquite de ese vil instinto humano que de pésima gana soporta el ostensible yugo de la superioridad. Las famas que sobrepujan tan difícil periodo y salen casi indemnes de sus embates (pues algo les merma, aun a los máximos, el ritmo pendular de la moda), quedan ejecutoriadas y probadas en definitivo troquel. Y es lo que va ocurriendo con la de Palma. Ni en el número de los lectores, ni en la resonancia de la popularidad, ni en el gusto de los críticos, ha perdido en escala considerable. Hasta podría sostenerse que la actual boga del neocolonialismo en arquitectura, costumbres y mobiliario, le hace ganar terreno. Tras las loas fervientes, contemporáneas de su vejez, verbigracia las de Ventura García Calderón, los recientes juicios, como los de Ors y Díez Canedo, que son de 1924, el de Gómez de Vaqueró, que es de 1925, y los de Pérez de Ayala (1) y Luis Alberto Sánchez, que son de 1927, señalan la persistencia del interés y el agrado. La árdua prueba ante la descontentadiza posteridad inmediata, se trueca en victoria. Yo de mí sé decir que ni las vicisitudes de la vida, ni las naturales modificaciones de mi criterio,—el cual procuro mantener abierto a las nuevas enseñanzas e impulsiones estéticas, y a la sincera revisión de valores,—han invalidado en punto substancial mi admiración por las **Tradiciones Peruanas**. Las releo con la misma afición y encanto que en mi mocedad, si bien no es siempre la misma que antes la razón de mis aplausos. Indicaré sumariamente las corroboraciones o retoques que se me ocurren acerca de las cuestiones suscitadas por la obra de Palma, y tratadas por mí en dos antiguos ensayos.

La índole de Palma fué, según lo certificarán cuantos lo lean y cuantos lo conocimos y tratamos, la más genuinamente limeña que cabe, y en consecuencia muy auténticamente peruana. La pretensa dualidad antagónica infranqueable entre la capital y las provincias, y en particular entre los espíritus costeño y serrano, es en gran parte imaginaria y amañada; y por vehemencia disociadora o retórica barata han procurado algunos abultarla hasta extremos inverosímiles y absurdos. Nadie niega que las diversas regiones de país tan extenso y vario ofrezcan matices propios de sensibilidad; pero la historia y la observación cotidiana nos demuestran que esas divergencias secundarias concurren dentro del tipo fundamental psicológico patentizado en toda nuestra evolución. Conforme a él, era Palma brillante y fácil, gracioso y leve, a la vez burlón y entusiasta, irónico a flor de piel e indulgente, y harto inclinado a seguir las imitaciones y modas de su tiempo. Dos predominaban en su juventud: el romanticismo en el arte, y el liberalismo en el pensamiento y la política. Adoptó las dos, sin advertir que eran por esencia contradictorias, como no lo advirtieron tampoco

---

(1) Prólogo de Ramón Pérez de Ayala a **La Boda de D. Juan**, novela de Carlos M. Noel.

en inmensa mayoría sus coetáneos americanos y europeos. El romanticismo ensalzaba lo que el liberalismo rechazaba y destruía. El romántico se enternecía y lamentaba sobre los escombros amontonados por el liberal. El romántico rendía culto al ideal caballeresco, a la aventura trágica, al pesimismo soberbio, a los deslumbrantes fantasmas de lo pasado, mientras que el liberal consecuente pugnaba por el advenimiento de una sociedad utilitaria y optimista, apaciguada y burguesa, sin concentración, sin recia disciplina, sin desigualdades ni desniveles, ni coloridos contrastes. Prescindiendo de fugaces accidentes y engañosas circunstancias, tales eran los opuestos sentidos de las dos principales corrientes afectivas en el siglo XIX. Ambas penetraron fluctuantes en la vida y los escritos de Palma y explican sus antitéticas faces.

Muy lejos estoy de atribuir desmesurada importancia a sus variaciones políticas; pues bien sabemos cuán versátiles, efímeras y personalistas fueron aquellas viejas contiendas. Pero para su formación mental no hay que olvidar que, nacido de una familia partidaria del Mariscal Santa Cruz, cuya figura encomia en su última tradición, fechada el año de 1914, se inició en la carrera literaria casi niño, con unos versos panegíricos en memoria de su rival Gamarra (1), y enalteció a su otro rival Salaverry en innumerables pasajes de sus leyendas; y que, por largo plazo alumno de D. Bartolomé Herrera y luego militante vivanquista, condiscípulo o íntimo amigo de los entonces más netos reaccionarios (Lavalle, Barinaga, Piérola, Pedro José Calderón, Solar, etc.), colaboraba sin embargo, desde los dieciocho años, en calidad de gacetillero, en periódicos izquierdistas y anticlericales, como aquel *Correo de Lima*, cuya imprenta estaba en la calle de Aumente, y cuyos inspiradores eran los provecos magistrados Mariátegui y Benito Laso, representantes de la exaltada generación democrática de la Independencia. Es conocidísimo cómo fué después fiel adepto del partido liberal doctrinario de D. José Gálvez; y padeció por ello persecuciones y destierros. Mas cuando funcionó la atrevida Constituyente de 1867, lógico resultado del liberalismo, la satirizó en *La Campana*; y si bien se muestra, en el escaso folleto *Semblanzas por un campanero*, partidario de la tolerancia de cultos y

---

(1) No. 2824 de *El Comercio*, correspondiente al día 26 de Noviembre de 1848 (citado por José Gálvez en *Nuestra pequeña historia*).

D. Ricardo, que en aquella época se firmaba Manuel Ricardo Palma, desde éste su prematuro estreno y tímida primicia, se tomó grandes libertades con la verdad histórica, a fuer de poeta y futuro tradicionista, transfigurándola y hermoseándola hasta el punto de cantar de D. Agustín Gamarra nada menos que las siguientes textuales y encarecidas hipérboles:

Siempre marchó con luminosa tea  
Y, cual el cóndor, con triunfante garra;  
Y era su voz, en medio de la guerra,  
El eco de la paz y libertad.

se da trazas para recordar elogiosamente a Vigil (a quien, dicho sea de paso, con frecuencia había servido adolescente de amanuense), no perdona a los tribunos de la izquierda, y zahiere con ensañamiento a Casós, Quimper y Bambarén, mientras alaba a los conservadores principales, Arenas y García Calderón. Al año de bosquejar esas semblanzas, cierra significativamente su ciclo político plegándose a la causa de Balta, que siempre estuvo muy tachado de conservador, como que destruyó la Constitución del 67, reprimió las manifestaciones contra el Vaticano y gobernó con el núcleo derechista. Dentro de esa situación, llegó a ser Palma secretario privado del Presidente, y Senador por el Departamento de Loreto.

Si en él la vida pública no fué descollante ni sistemática, tampoco lo fué la producción lírica. Sus versos son sus obras menores. Pero no hay que desdeñarlos, como él mismo y otros críticos, por remontada presunción, lo han hecho. A pesar de su tenuidad y defectos, se sostienen muy bien al lado de los de sus compatriotas de aquella época. No tendrán la alteza y empuje de Carlos Augusto Salaverry, ni la clásica corrección y el patetismo que con frecuencia avaloran los de Clemente Althaus; pero resaltan por la animación, el despejo y la fluidez. Los más inseguros y débiles son naturalmente los primeros, coleccionados bajo los nombres de **Juvenilia** y de **Armonías**. Poesía de reflejos, como la de todos los principiantes; aprendida en Zorrilla, Espronceda y Arolas. En **Plegaria** suenan ecos flagrantes de la popularísima versión de la **Oraación por todos** huguesa debida a D. Andrés Bello. Cuando se inclina excepcionalmente a la estricta escuela clásica, como en **Veintiún años**, repite la fraseología de los autores académicos de principios de ese siglo, para revestir sentimientos de amargura y misantropía románticas. Los zorrillescos himnos devotos a Dios y al Cristianismo alternan con las resobadas declamaciones anticatólicas, que han de menudear luego en sus posteriores escritos. Razón tuvo para confesar categóricamente, en el prólogo con que en 1910 precedió sus versos juveniles: "Los románticos de 1845 a 1860, en América, fuimos verdaderos neuróticos por lo revesado y **contradictorio** de nuestros ideales, ora henchidos de misticismo ampuloso y de candor pueril, ora rebosando duda cruel o desesperanza abrumadora." Así, él propio ha diagnosticado con exactitud implacable el vacilante artificio de toda esta poesía, correspondiente a los dóciles calcos que componían a la sazón nuestra vida social, intelectual y política. Su orientalismo está tomado de Arolas; su almiarado humanitarismo, paralelo al de los **gólgotas** de Nueva Granada, proviene de Lamartine; el andalucismo de sus serenatas, **cabe la cerrada reja**, que al fin es antecedente inmediato de nuestro criollo limeñismo, significa la tradición española reavivada hasta en sus mínimos accesorios, con el amoroso celo que en su cultivo puso siempre Palma, y que en lo físico lo hacía envolver su esbelta y cenicienta silueta en los pliegues de la capa castellana. Pero sus tribulaciones y querellas no son todas afectaciones románticas. Por más equilibrado y sonriente que fuera de carácter, los contratiempos de la juventud imprimieron, en las volanderas endechas, **veraces huellas**. De seguro que no finge cuando en la emigración exclama:

Las brisas de la patria aquí no olean  
 Con su soplo mi frente enardecida;  
 Ni alivio blando a mi congoja crean  
 Mi padre anciano, mi gentil querida.

En la noche, el apoyo de mi brazo,  
 Tu cuerpo en vano buscará doliente,  
 ¡Pobre viejo! Al herirme, de rechazo,  
 Hirió el destino tu ánimo valiente.

Mas tampoco se deja abatir por la adversidad largo tiempo. Su orgánico optimismo, su propia ligereza espiritual, lo consuelan pronto. Las acerbas reflexiones del Poema en cuatro sonetos rematan en cuatro chistes inofensivos, sin veneno de sarcasmo, aunque lo pretenda. Cuando peor sesgo toman los sucesos, espera y chancea:

De la borrasca a la merced boguemos,  
 Y en la benanza próxima fiémos.

.....

Siempre asoma la risa en mi semblante,  
 Siempre la burla entre mis labios juega.

Mas sé, con pena tirana,  
 Mi bien, que ni tú ni yo,  
 Hemos de enmendar la plana  
 Al que este mundo creó.

Los Cantarcillos son graciosas imitaciones de Trueba. Ya predomina francamente en ellos el elemento popular, satirico y folklórico, que ha de constituir el principal encanto de las Tradiciones. Hay zumba de la actualidad política, a lo Felipe Pardo y a lo Mesonero. Las series siguientes de poesías, entre imitaciones y traducciones de Heine, reminiscencias de Bártrina y Campoamor, escarceos trovadorescos o en fabla medioeval, letrillas o anécdotas licenciosas (1), marcan la rápida progresión del naturalismo picaresco, la definitiva y proverbial fisonomía de Palma. Si alguna melancolía subsiste en el ánimo, si sobrevienen las infalibles acometidas del destino,

(1) El cuentecillo en verso, Una mendiga ciega, que está en Verbos y gerundios, limeñizado por Palma allá en los tiempos del Virrey inglés, es el de Alibec y Rústico del Decamerón, Jornada Tercera, Novela X, desde antaño repetido por Franco Sachetti y el Abate Casti.

cifrará el empeño en disimular las penas bajo la sonrisa, con el púdico estoicismo de los últimos románticos y de los parnasianos, que entonces privaban:

Arca santa el corazón  
 Sea de los sufrimientos;  
 Darlos a los cuatro vientos  
 Es una profanación.

Tú sabes bien que el dolor  
 Si es verdadero y profundo,  
 Ha de esconderse ante el mundo  
 Con cierto noble rubor.

En verso como en prosa, olvidado el mimetismo de la iniciación juvenil, llega a encajar espontáneamente entre sus congéneres, entre sus legítimos antepasados espirituales, mayores algunos, pero en nada desemejantes: el Arcipreste de Hita, Boccaccio, Batos, Caviedes y La Fontaine.

No es otra la transformación de su manera en prosa, que he de examinar más despacio, por su interés superior e innegable valer.

El primer artículo literario que conozco de Palma, es **Consolación**, de 1851, recuerdo de colegio bordado sobre los temas románticos del suicidio por amor infeliz y los jorobados sentimentales. Llevaba ya compuestos y representados, cuando menos, dos dramas históricos en verso, **Rodil** (1851) y **La hermana del verdugo**, éste de las guerras civiles de la Conquista. Bastan los títulos que retenemos, para darnos cuenta del género melodramático y románticísimo a que pertenecían. En su madurez, los denominaba "disparatados abortos de mi numen" (1). A la misma época y esto corresponde su primera ficción en prosa, **Oderay** o **La muerte en un beso** (1852), equivalente en todo a **Flor de los cielos**, leyenda en verso, inconclusa, que escribió hacia el propio tiempo, a imitación del poema **Gonzalo de Oyón** de Julio Arboleda. En su derredor, sus amigos explotan idéntica vena de sentimentalismo e historicismo candorosos, en dramas, narraciones y romances. Corpancho, apartándose del pasado americano y ascendiendo a los indirectos orígenes europeos, lleva a la escena a los Cruzados y a los Caballeros Templarios. Anibal Victor de la Torre publica su cuento **La Cruz de Limatambo**. Hasta el costumbrista criollo Segura, ensaya la novela folletinesca arcaizante en **Gonzalo Pizarro**. Tal fué el ambiente literario que formó a Palma; y de aquí arrancan sus tradiciones primogénitas. Con irrefragable autoridad de padre, él propio las definió como **novelas en miniatura, novelas homeopáticas** (2).

(1) Prólogo a las obras de Segura (1885).

(2) **Tradiciones Peruanas** (Edición Oficial, Calpe, Madrid), tomo V, pág. 36a.

Es notorio que el impulso y modelo de toda novela histórica romántica y basada en *folk-lore*, se halla en Walter Scott, y que su ejemplo creó y difundió dicho género en las literaturas latinas de Europa y América. Por eso no pude menos de indicar a este lejano pero evidente inspirador de Palma, en mis anteriores estudios. Sin embargo, dos críticos, amigos míos, lo han impugnado por impertinente. Para ello habría que comenzar rebatiendo al mismísimo Palma, en lo que más de cerca le atañe y es su competencia más irrecusable, pues no le hemos de negar conciencia de su obra y maestros. Al tratar del libro de su discípula cuzqueña, la señora Matto de Turner, y explicar las condiciones que la **tradicción** requiere, declara a la letra que "su tela es la de la novela histórica cultivada por **Walter Scott** en Inglaterra, **Dumas** en Francia, y **Fernández y González** en España." (1) No fué, pues, capricho o vana conjetura mía. Y aun cuando Palma, en esta y otra ocasión, no lo hubiera declarado explícitamente, era facilísimo deducirlo de obvias razones cronológicas, conocidas las lecturas e influencias de esa edad. Las traducciones españolas de Walter Scott, desde la de Moreno en 1830, inundaron las bibliotecas peruanas, como lo atestiguará cualquiera que las haya compulsado. Seguramente Palma conoció y manejó esas ediciones de Moreno y Jordán, o las siguientes, desde su primera juventud. Ni ha de imaginarse nadie a Walter Scott sempiternamente grave, rígido y de una pieza, ajeno a la risa y las caricaturas, petrificado en la solemnidad de su mundo gótico y feudal; porque millares de sus páginas desmienten idea tan inexacta, y la comicidad de infinitos de sus tipos, como el Barón de Bradwardine, la de Tillietudlem, Guy Mannering, el Anticuario, y hasta el Mayor Dalgetty, y tantos otros del siglo XVIII, recuerdan las zumbáticas **Tradiciones** de nuestro paisano, habida cuenta de las diferencias entre el *humour* escocés y la sal criolla. Pasando ahora a los conductos intermediarios, rememoraré que los más indudables imitadores de Walter Scott, como los franceses Dumas, Vigny y Hugo, y los españoles Larra, Zorrilla, Enrique Gil y el Duque de Rivas, fueron a su vez los modelos preferidos de nuestros románticos. El autor favorito de Palma, sabemos que era Larra, cuyo **Macías**, en drama y en novela, descubre indeleble estirpe escotiana.

A más de las leyendas en verso de Zorrilla y el Duque de Rivas, tan populares en el Perú y tan leídas por Palma, no faltaron, en el período romántico de la metrópoli, breves cuentos históricos, desde D. Serafin Estébanez Calderón, **Cristianos y moriscos**, hasta las delicadísimas leyendas de Becquer, incluyendo la del gran amigo de Espronceda, García Villalta, **El golpe en vago**, que se aproxima a las primeras **Tradiciones Peruanas**, aún en la sorna liberal y anticlesiástica. Por más que sobre Palma no hayan influido, conviene finalmente citar, de la literatura portuguesa, la contemporánea y análoga inspiración de Alejandro Herculano en **Lendas e narrativas** (1838-1858), y de la italiana, la del napolitano Carlos Tito Dalbono en sus **Tradizioni popolari** (1841-1843), tan poco respetuosos los dos, del propio modo que el limeño, de la nimia fidelidad histórica y de las instituciones religiosas.

---

(1) **Tradiciones Peruanas** (Edición Oficial, Calpe, Madrid, tomo V, pág. 36r.

Las primitivas tradiciones de Palma, que aparecen en **La República, El Liberal, La Revista de Lima** y otros periódicos, hasta 1870 (**Lida, Infernum el hechicero, Palla Huaracuna, El Nazareno, La hija del oidor, Mujer y tigre, Justos y pecadores, El Cristo de la Agonía, La casa de Pilatos, Predestinación**, que en su redacción originaria se intituló **Una tragedia de bastidores**), no todas recopiladas en la **Primera Serie**, son meramente leyendas románticas, populares y arqueológicas, de igual estilo y corte que las publicadas en las mismas revistas y diarios por José Antonio de Lavalle, Doña Juana Manuela Gorrito, Acisclo Villarán y Juan Vicente Camacho. Lavalle se ajustaba más a la realidad histórica, cuando no caía en florecos sentimentales; Villarán se ladeaba ya al criollismo costumbrista; y el venezolano Camacho, domiciliado en Lima, al confundir y trastocar los recuerdos de conocidísimas familias del Virreinato, por ejemplo en **De quién a quién**, superó las audacias inventivas de D. Ricardo. El color local, en estas muy prematuras y aceleradas leyendas de Camacho y Palma, suele ser anacrónico, según bastaría a probarlo el **gótico mueblaje** de la Doña Engracia de **Justos y pecadores**; y el estilo peca de amanerado y falso arcaísmo. No obstante, al lado del énfasis, fluye en las narraciones de los leyendistas, la vena juguetona y chancera, propia del carácter de los autores, del tono del país y de patentes dechados literarios. Agudezas satíricas desparramadas en leyendas poéticas, se hallan a cada paso en Byron y en sus imitadores españoles, Espronceda y José Joaquín de Mora, leídos por aquella generación. Los socarrones poemas de Mora, algunos inspirados en épocas relativamente próximas, como el **Policarpo**, formaron escuela en Chile y el Perú, países donde Mora había vivido; y engendraron **El proscrito** de Bello y la **Isidora** de Pardo, que se quedaron en fragmentos, y **El campanario** de Sanfuentes. Apenas habría más que resumirlos en prosa, reteniendo el irónico acento y los giros del lenguaje, para obtener genuinas tradiciones de Palma.

Pero el más perfecto antecesor de nuestro insigne tradicionista, su más digno émulo y fiel hermano, es el guatemalteco Batres, quien le lleva en el tiempo considerable ventaja, pues murió en 1844 y sus poesías se imprimieron ese propio año. En el país de Guatemala, tan parecido al nuestro y equiparable, por clima, hábitos y razas, brotó con Batres Montúfar la alegre flor de la **tradicción colonial en verso**, igualmente viva, reidera y desenfadada que la **tradicción peruana** en prosa. Hay similitud y aire de familia entre el desfile de históricos apellidos en el paseo del estandarte del **Reloj** de Batres, y el catálogo de Palma de **Un litigio original**, o sea el pleito de las carrozas. En mil toques más se advierte la confraternidad de ambos ingenios. La pintura de las facciones y estratagemas de la Doña Clara en el mencionado cuento **El reloj**, la de las fiestas y saraos en la dominación española, los chistes sobre las prácticas devotas, las guasas contra la anarquía republicana, gobernantes y congresos, todo anuncia en Batres las páginas de Palma.

En el extenso país inmediato a Guatemala, en Méjico, muy analogo al Perú por la magnitud y calidad de sus herencias indígena y virreinal, aparece también un notable grupo literario de tradicionistas, pero nó de tinte libertino y volteriano, como en Lima y Guatemala, sino graves, austeros y ardorosos, de acuerdo con su carácter nacional. Son los románticos D. José Jesús Díaz, su hijo D. Juan Díaz Covarrubias y D. José María Roa Bárcena. Este último, perteneciente al grupo conservador e hispanófilo de Pesado, publicaba por 1852 las **Leyendas mejicanas**, to-

madas unas de la historia india, y otras de la época del Virreinato. Los tres mencionados, no fueron sólo narradores y recolectores de consejas y costumbres, sino poetas descriptivos de la naturaleza, paisajistas delicados y tiernos, que nos hacen sentir el encanto de sus comarcas tropicales, la claridad del cielo y de los plantíos de caña dulce, los trapiches, platanares y bosques de las tierras calientes, los huertos, trigales y molinos de las tierras templadas, las calles tiradas a cordel, las enrejadas ventanas, la música de las arpas, y las iglesias y blasonadas casonas del Anáhuac y de su Jalapa nativa. En periodo posterior, coetáneos de Palma y a menudo tan agradecidos como él, continuaron allí el género tradicional Juan de Dios Peza y D. Vicente Riva Palacio, cantores de la gran ciudad de Méjico, la capital de las cúpulas, de las puertas talladas y repujadas, y de los santuarios coruscantes.

Desde la Primera Serie de las **Tradiciones Peruanas**, junto a las románticas y nostálgicas leyendas, lances de capa y espada, y supersticiones maravillosas, se muestran los cuentos verbosos y dicharacheros, como **D. Dimas de la tijereta**, inspirados en las antiguas novelas picarescas españolas, y las anécdotas festivas y placenteras, como **Las cayetanas**, **La Castellanos** y **Un predicador de lujo**, rebosantes de garbo dieciochesco. Hacia 1870 Palma abandona definitivamente la seriedad del estirado y espiritado romanticismo; y en sus manos la tradición se hace maliciosa, cómica y realista, a pesar de los temas arcaicos y del propio modo que en Batres. ¿Cuáles fueron las influencias que cooperaron en este cambio, tan consonante con la idiosincrasia del autor? Ante todo, los costumbristas españoles, contemporáneos de los puros románticos y que encarnaron la necesaria antítesis de éstos: Larra en primer término, luego el manso y divertido anticuario Mesonero Romanos, Antonio Flores, y quizá hasta el clásico Somoza, incrédulo y enciclopedista. Ya el costumbrismo de la primera mitad del siglo XIX había cuajado entre nosotros con frutos sazonados, como los dos primorosos artículos de Pardo, el **Paseo a Amancaes** y el **Viaje del niño Go-yito**, y los de Segura. Subiendo de aquí a los castizos predecesores, Palma estudió a Cervantes y a ciertos novelistas de los siglos XVI y XVII. Nos confiesa que, al salir de los claustros universitarios, cuando era atropellado periodista, desdeñaba **El Quijote**; pero, en sus años de contador de Marina, leyó atentamente la colección de Rivadeneyra, y en ella de seguro **El patrañuelo** y **El sobremesa o alivio** de Timoneda, cuya airosa brevedad tántas veces iguala (pues Aribau los incluye en el tomo de **Novelistas anteriores a Cervantes**, que es de 1850); y su mentor y jefe político de aquella temporada, el General Vivanco, ferviente cervantista, le fomentó sin duda estas devociones literarias. Saboreó bastante a Quevedo, y le tomó retahilas y refranes, sin llegar al tuétano de su misantropía sentenciosa y tético humorismo. Otro libro viejo castellano que consultó y aprovechó con asiduidad fué el florilegio de sucedidos y dichos picantes, intitulado **El deleite de la discreción y escuela de la agudeza**, publicado en Madrid el año de 1749 por el undécimo Duque de Frías, D. Bernardino Fernández de Velasco y Pimentel (1). Desde la Segunda Serie, **De potencia a potencia**, lo cita; y después, en otras varias **tradiciones**. De estos componentes resultó su

(1) La segunda edición del libro de este Duque de Frías, es de 1764; y hay otra tercera, de 1770, un año antes de la muerte del autor.

estilo, no sin afeites y mimos, pero con todos ellos jugoso, vivaz y suelto, a la par tan limeño y tan español, tan criollo y frescamente popular, y de tan clásico dejo, verdadero antidoto de la exangüe, desvaída, galicista y lamentable jerga que los mas de sus compañeros y sucesores emplearon.

Tal como la constituyó Palma, la **tradición** es un género mixto o mestizo, producto del cruce de la leyenda romántica breve y el artículo de costumbres. Muchas, como **La niña del antojo** y **La llorona del Viernes Santo**, son simples apuntes de costumbrista. En la carta literaria a Obligado, revela sus propósitos y procedimientos: "**La tradición**, dice, es romance y no es romance; es historia y no es historia. La forma ha de ser ligera y regocijada; la narración, rápida y humorística. Me vino en mientes plantear pildoras y dárseles a tragar al pueblo, sin andarme con escrúpulos de monja boba. Algo, y aun algos, de mentira, y tal cual dosis de verdad, por infinitesimal que sea; mucho de esmero y pulimiento en el lenguaje; y cata la receta para escribir **tradiciones**" (1) Su discípulo Ricardo Rossel agregaba, entre bromas y veras: "Con cuatro paliques, dos mentiras y una verdad, hilvana Palma una **tradición**." Establecida y proclamada así la libertad de invención, significaría candidez o mala fe exigirle rigurosa exactitud en nombres y pormenores. No pretende escribir historia puntualmente fidedigna. Su verdad es la general e ideal del Arte, que reclama y puede alterar los hechos secundarios, para aumentar la significación y belleza del conjunto. Por eso sus infidelidades son deliberadas casi siempre. A veces yerra simplemente por precipitación o descuido, de que ni los severísimos eruditos se libran; pero de ordinario, cuando varía o desfigura la verdad, sabe porqué lo hace, por razones de armonía, de mayor verosimilitud estética, o de prudencia práctica y decoro. Puede gustar más o menos el sistema, o aun ser contraproducente en ocasiones; pero hay que admitir su licitud en literatura, pues sin él no habrían existido ni la novela histórica, ni el poema épico, ni el drama histórico ni la tragedia.

Del alma e inspiración románticas, conservó inmutable el cariño a lo pretérito. Como dice Ventura García Calderón: "En Palma la travesura no impide el entusiasmo ni la emoción sincera ante lo pasado." En sus proemios poéticos, el mismo tradicionista nos lo inculca ante cada serie de chispeantes leyendas:

A veces tanto en verdad  
Me identifico con ellas,  
Que hallar en mí pienso huellas  
De que viví en otra edad.

.....

Fué mi embeleso desde que era párvulo,  
Más que en el hoy, vivir en el ayer.

Ese embrujamiento de lo arcaico, propio de historiadores y artistas, especialmente de la última centuria, lo poseyó por entero. Y no era en él artificio retórico ni pegadiza afectación arqueológica, sino, como ocurre con los **pasatistas** de compleción, comunidad efectiva con el espíritu de otras épocas, efusiva continuidad de

(1) **Tradiciones Peruanas** (edición oficial, Calpe), tomo V, págs. 325 y siguientes.

vida con lo pasado, ya que tanto de lo pasado subsiste siempre, invivito e impercedero, íntimo y por eso poético, en las raíces de lo presente. Claro es que este eficaz empuje retrospectivo y resurrector no podían infundírselo de veras (ni fingírselo cual otros, por **esnobismo**, que decimos ahora, a un hombre espontáneo y natural, como era él), los ajenos y remotísimos recuerdos medioevales de Europa, y ni siquiera los incaicos y precolombinos de nuestro Perú, desligados de nuestra existencia presente y costea, escasos en relatos escritos, y muy oscuros y mal conocidos entonces. En cambio, la Conquista, las guerras civiles del siglo XVI y toda la época del Virreinato, le suministraban sin esfuerzo el equivalente de lo que eran la Edad Media y el Renacimiento para los románticos europeos; y los últimos años del siglo XVIII y primeros del XIX, con ese goyesco hervor de vida popular que prevaleció en los reinados de Carlos IV y Fernando VII, ofrecían la ventaja de un pasado añorado y reciente, cuyos típicos usos, a todos inteligibles, se esfumaban en crepúsculo que atraía la benévola atención del poeta y del escritor de costumbres, y de que fueron entre nosotros acabados retratos las comedias y artículos de Pardo y de Segura.

Trató esta amplia materia histórica que era la de su explicable predilección, con la rapidez, la salpimentada lisura, la ágil sobriedad y el burlesco donaire propios de su genio, y de su ciudad y patria. No amplifica; ni siquiera insiste; no aprovecha los asuntos, sino que los despilfarra; no desenvuelve las situaciones ni los caracteres, sino que apenas los indica. De pasada, acumula cuentos, superponiéndolos y entreverándolos. Carece de paciencia y aliento para narraciones largas. Su obra es una galería, nó de serenas estatuas ni de heroicos bronceos, ni aun de estampas románticas, las cuales abandonó muy pronto, sino de acuarelas costumbristas, como el álbum de Pancho Fierro, o de vasos de porcelana, como los exquisitos de la extinta fábrica madrileña del Retiro: ingeniosas y deliciosas figurillas que, sobre un fondo de tersa blancura y entre filetes dorados, reproducen las galantes y animadas escenas de la abigarrada sociedad del antiguo régimen. No era para D. Ricardo Palma la opulenta y pesada tarea de la novela histórica criolla flaubertiana. En vez de combinar y montar, sobre las áureas piezas de una diadema, los duros brillantes, las profundas esmeraldas, los encendidos carbunclos, las claras e indígenas turquesas, incrustando las gemas en recia y cincelada armazón, prefirió engazar, en hilos sutilísimos y quebradizos, las perlas coloniales, como las panameñas, desiguales y barrocas, de lindo oriente y caprichosas formas, que nuestras tatarabueltas usaban; y a veces, cual ellas lo hacían, las guardó sueltas en la cajonería enconchada del bufete filipino, al alcance de la mano.

Pero el mérito no se tasa por el tamaño del relato, ni por la externa y formal unidad de composición. Con tradiciones sucintas, desgranadas anécdotas, y apuntamientos reunidos por flojísimo lazo, nos ha legado Palma nada, menos que la e-popeya cómica de nuestra historia. Y ¿porqué cómica?, se preguntará. ¿Será acaso que nuestro pasado virreinal no se presta para otra especie de evocación, como con ceguera y disparate manifiestos los dogmatizan oñtosos declamadores y entontecidos sectarios? Las heroicidades de la Conquista y de las subsecuentes guerras civiles bastarían para destruir alegación tan desatinada. Quedaron después las fabulosas hazañas de las entradas y descubrimientos, que al propio Palma dictaron la perdida novela **Los Maraños**; persistieron sangrientos bandos en Quito, Potosí y Laycacota, y en el siglo XVIII sobrevinieron dondequiera formidables insurrecciones de indios y mes-

tizos; surcaban, de continuo y en todos tiempos, los mares próximos, los corsarios de las grandes potencias inglesa, francesa y holandesa, que muchas veces enrojecieron nuestros litorales; florecieron leyendas hagiográficas de milagros y martirios; en los claustros limeños nacía un poema como **La Cristiada**, y Pedro de Oña continuaba **La Araucana**, sin descaecer demasiado del original; los estragos de los terremotos excedían a los de la peste de Milán, que tanto inspiró a Manzoni; y si, con la pacificación del Perú, la vida en Lima se hizo menos febril, como es forzoso en toda capital subalterna, hubo una ciudad en Castilla, Avila, harto más secundaria y callada que la nuestra, que ha dado materia a la pujante y esplendorosa **Gloria de D. Ramiro de Larreta**. No por ser colonia ultramarina, dejábamos de formar valiosa parte del primero, mas noble y más guerreado imperio del mundo; experimentábamos como propias sus vicisitudes y congojas; el ambiente espiritual y familiar, antes de la definitiva extranjerización y decadencia, que no llegó a nosotros hasta fines del siglo XVIII, era el mismo caldeadísimo de Lope y Calderón; y por eso nunca escasearon las catástrofes domésticas, por celos, honra y venganzas. Cuando Palma pretende interpretar todo esto, resulta inferior y nos sabe a poco, o fuerza la nota, cayendo en inverosimilitudes folletinescas, como en **Palabra suelta, Mujer y tigre, La monja de la llave, El Nazareno** (involuntaria parodia de un Mañana oculto), y aún en **La gatita de Mari Ramos**. En **El demonio de los Andes**, lo que lo atrae, no es la épica fiereza de las contiendas entre los conquistadores, la tragedia de las desmandadas voluntades o el bizarro bullir de las lides en las fragosidades del Perú inmenso, sino los gracejos y chistes con que condimentaba sus atroces ejecuciones Francisco de Carbajal. La sublevación de Condorcanqui pudo dar de sí bastante más que **El Corregidor de Tinta**; y la campaña marítima ante Cañete, en 1615, ilustrada con tantos hechos de arrojo y sacrificio, merecía cuadro más extenso y compuesto que **El tamborcito del pirata**. Pero sería descabellada y tiránica pretensión que, por haber mostrado Palma singulares dotes de finura epigramática y amenísima, le reclamáramos igual capacidad y vuelo para toda especie de temas y de acentos. Su vocación no lo llamaba a la seriedad heroica o dramática, ni al cuento sentimental; y habría sido más juicioso que no invadiera a menudo sus límites. Ingenios supremos de las estirpes más excelsas, y en las épocas más agitadas o grandiosas, atendieron de preferencia, como él, al lado risueño y cómico de la vida. En el encarnizado y lúgubre siglo XIV, y entre las macabras escenas de la peste de Florencia, pule Boccaccio su regocijado **Decamerón**, y en la sombría Inglaterra lo imita Cháuce; sobre el terrible fondo de las batallas de los Cien Años, ilumina Froissart con vivos colores las gráciles y frívolas miniaturas de sus crónicas; junto a D. Pedro el Cruel, rie el Arcipreste de Hita; junto a Francisco I y las matanzas de las discordias religiosas, retumban las carcajadas de Rabelais; en el purpureo y rutilante Renacimiento italiano, construye el Ariosto sus brillantes e irónicas octavas, dorados cascabeles vacíos que suenan a epicúrea irreligiosidad e indiferencia; en la edad altiva y adusta de los austriacos reyes Felipes de España, satirizó amablemente Cervantes y Quevedo con desenvoltura funambulesca y sarcástica; y ante la suntuosa majestad de la corte de Luis XIV, pirueteó la malicia retozona y libertina de La Fontaine, Chaulieu, Le Sage y Tallemant des Reaux. No carece, pues, D. Ricardo de ejemplares óptimos y de defensas excelentes. La risa es propia del hombre; y la alegría es la corona mejor con que se engalanan las razas de veras inteligentes y valerosas.

Ni se entienda que es *Las Tradiciones* un libro todo de bufonadas y facecias. Hay en sus páginas figuras de alta belleza moral, que relampaguean en contraste con caricaturas innumerables. No pinta siempre a la limeña antigua como la muñeca ambarrina y caprichosa, gastadora y parlera, que hace guiños, mohines y dengues, que se mofa, y luego se enfada y obstina, progenie innegable de aquellas españolas del *Corbacho*, descritas, cinco siglos antes, por el Arcipreste de Talavera; sino que, rindiendo a nuestras paisanas mejor justicia, las exhibe a veces en actitudes de insuperable abnegación. Tal es la limeñísima Evangelina Zamora, de *Amor de madre*, que entusiasmaba con fundamento a Galdós; santa y sublime nieta de los conquistadores, que no desmiente su sangre generosa, y en las márgenes del Rimac supera a sus más puras parientas europeas, a la *Estrella de Sevilla* (sea su autor Lope o quien fuere), a la Doña Blanca en el *García del Castañar* de Rojas, o a la resignada Griselda de Bocaccio, con quien es inevitable comparar a cada rato a Palma. Tal es también la campesina arequipeña de *Haz bien sin mirar a quién*, precioso dije de pureza manzoniana. Pasando a inferior esfera, cuando describe amores criminales, atina con los enérgicos arranques de la desesperación sacrílega del *Manchaypuitu*; la Condesa, en *La emplazada*, es digna de Bandello; y en la esquivia cómica guayaquileña María Moreno, la de los ojos garzos, de *Predestinación*, y en la despiadada asesina Benedicta Salazar, la cuarterona de Abajo del Puente, costurera de la Marquesa de Sotoflorido, la *Gatita de Mari Ramos*, ha suscitado criaturas fatídicas y trágicas, criollas y modosas hermanas de la *Carmen* de Merimée. Cuando, por supervivencia romántica, se complace en referirnos horrores espeluznantes, me recuerda el diletantismo terrorífico de Stendhal, no por cierto el de las novelas grandes, sino el de los cuentos romanos (*La Abadesa de Castro* y *San Francisco a Ripa*), los de Anatolio France en *Le Puits de Sainte Claire* y las novelas cortas del mismo Merimée.

Sus ataques a la clase aristocrática y privilegiada de la Colonia, no pasan de juguetones arañazos; y están muy lejos del ensañamiento del Abate Parini contra los nobles milaneses, de las severas increpaciones de Jovellanos y aun de las doctrinales censuras del P. Feyjóo. Sus continuas pullas y chuscadas contra el mundo religioso y eclesiástico, y el celibato de sacerdotes y monjas, no tienen por único origen la frecuente lectura de Voltaire. Palma podía admirarlo mucho, y colocar siempre a la vista sus obras y su busto; pero no se le parecía sino en lo accesorio: le faltaban la variedad de tonos, el ardiente proselitismo y la malignidad emponzoñada del Patriarca de Ferney. En sus arremetidas, casi temáticas, contra los jesuitas y los frailes, aprovechó sobre todo los residuos y las heces del volterianismo indirecto y ambiente en el siglo XIX, que desde Francia, con las canciones de Beranger y los tomos de Eugenio Sue, parodiados en el inefable *Monsieur Homais* de Flaubert, transmigraron a España, a las *Cartas del Pobrecito Holgazán* (Miñano) y del *Pobrecito Hablador* (Larra), y hasta a las tertulias progresistas de botica. Pero los espesos chistes de Palma en este capítulo, reclaman, por su fisonomía, harto más añeja alcurnia: arrancan, consciente o inconscientemente, de la Edad Media, con *Ser Ciappelletto*, *Frate Alberto* y *Frate Cipolla* en el *Decamerón*; los *fabliaux* franceses, los *Cuentos de Cantorbery* de Chaucer, y los dos Arciprestes; y continuaron en el Renacimiento con la *Celestina*, el *Crotalón*, Marot, el *Heptamerón* de la Reina Margarita, y aún, en las meras burlas inofensivas, con el *Diablo predicador* de Luis de Belmonte, y las sátiras del P. Isla y de Fulgencio Afán de Ribera. Sobre estos y otros puntos, como

en las jocosas enumeraciones de comidas criollas, y en el larguísimo y cómico catálogo de apellidos de la Colonia del **Litigio original**, se aproxima algo a Rabelais.

No alteremos, sin embargo, con la acumulación de fáciles analogías, el típico aspecto de nuestro festivo tradicionista. Sus primeros maestros, los tradicionistas españoles graves y en verso, el Duque de Rivas y Zorrilla, son como las ciudades que cantaron: Toledo, Granada, Córdoba y Sevilla. El caudal de los ríos ilustres corre aurífero y undoso bajo arcos imperiales de los romanos puentes; en los restos de las murallas, se yerguen cuadradas torres, ceñidas de adarves; las retorcidas callejuelas, entre violentas paredes entaladas, trepan a cigarrales y cármenes de fragante y cruel voluptuosidad leyendaria; los conventos y los palacios lucen pétreas portadas renacentistas y artesonados mudéjares; los campanarios son alminares cristianizados; domina la ciudad un árabe alcázar maravilloso; y sobre los botareles y gárgolas de las catedrales gigantescas, soplan soberbios vientos, que perturban la azul diafanidad del cielo hispano y estremecen los seculares ventanales. En cambio, Mesonero y Palma son el Madrid y la Lima de principios del siglo XIX: iglesias churriguerescas, casas con vastos zaguanes y balcones prominentes; ríos pedregosos y escasos, y en sus orillas, alamedas castizas, propicias a las meriendas, **nochebuenas** y romerías; tertulias de títulos y frailes, carrozas de consejeros u oidores; en las anchas plazas, gradearías y portales que albergan corrillos de mentidero, ociosos, burlones e irreverentes. Y Rabelais es otro mundo, es como nuestra región amazónica: bosque enmarañado, monstruoso y fecundísimo; pantanos, cataratas y rompientes; en la extravagante espesura, rugen las bestias feroces, las serpientes silban, chillan los monos y los papagayos; y los ríos infinitos, como océanos de lodo, se precipitan entre desmesuradas barrancas, devastadas por la lepra.

Ricardo Palma fué único e inconfundible. Después de haber procurado agotar nosotros el estudio de las influencias, coincidencias y semejanzas que en él pueden advertirse, subsiste impávida, a través de nuestro análisis, su originalidad fina y gallarda. A pesar de los reparos y vaivenes del gusto en el medio siglo transcurrido, Palma permanece intangible, en florida y deleitable eminencia. Porque, como os lo decía al comenzar, nadie ha expresado con más fidelidad y cariño el alma y los sentimientos de nuestra capital y nuestra patria. Se ha hecho con razón el símbolo del Perú. En un período de exóticas modas, entre intelectuales canijos que, no obstante un romanticismo de pega, reputaban vulgar todo lo criollo, y desconocían la intensa poesía de lo popular, espontáneo y característico, Palma, casi solo, superando a sus precursores Segura y Pardo, convirtió la atención a las costumbres y tradiciones nativas. Las allegó con piedad filial; las atavió con filigranas, arabescos y daires; si les añadió invenciones, no fué sin sujetarse al precepto horaciano de la verosimilitud, **sic veris falsa remiscet**; y ya con suavidad cáncera, ya con viveza lozana y restallante, ha eternizado en mil cuentos concisos y sabrosos decires la imagen de la historia y la sociedad peruanas. Sus relatos compendian cual ninguno la gracia inteligente, la benévola y señorial ligereza, y la alada amabilidad del genio limeño. Fué, en América y dondequiera, por justa fama, por trascendencia mundial, por el sentido entero de su obra, el encomiador y reivindicador de Lima la noble y gentil, vilipendiada por la ignorante y vocinglera envidia de los hermanos menores.

Pero no ha encarnado únicamente el alma de esta amable ciudad. Escudriñó las consejas de las diversas regiones del país, costeñas y serranas. En numerosas tra-

diciones de caciques suicidas, de tesoros ocultos, de pueblos desolados, y en el ya citado **Manchaypuitu**, se ha asimilado los tonos con que el espíritu indígena se aparta del mestizo y del blanco. Sin estrechas exclusiones ni antagonismos rencorosos y abominables, ha enaltecido y ensalzado el Perú íntegro y total en el espacio y en el tiempo, en la armónica complejidad de sus zonas y periodos; y así ha acertado a ser uno de los más eficaces propulsores del patriotismo. Nos ha enseñado a todos a querer a nuestros antepasados; porque la ironía acariciadora que sobre ellos vierte, a manera de la cervantina, acrece la ternura, como una dulce luz lunar. Incalculable beneficio, estético y moral. Sólo olvidan a sus progenitores o se avengueñan de ellos, los villanos y los bastardos. El culto de los abuelos y de las tradiciones, erige y conserva el altar de la patria.

Al escribir el elogio del admirado maestro, a quien por largos años traté y con cuya amistad merecidamente me ufanaba, he sentido revivir las emociones de los días remotos. Lo veo en su aplaudida y radiosa ancianidad, soleada por la gloria, a la vez sonriente y digno, venerado y ameno, llevando con ejemplar y afable sencillez el peso de nombradía literaria tan excepcional entre nosotros. Me parece que vuelvo a hablar con él; que le insto averiguándole recuerdos juveniles, de poesía y política, o por los disfrazados u omitidos protagonistas auténticos de alguna tradición; que a veces amigablemente disintimos (como ocurrió con mis juicios sobre Adolfo García y sobre los **Anales de la Inquisición limeña**), porque ni él ni yo abrigábamos la ruin mezquindad de exigir, para el aprecio y el aplauso estético, previa identidad de opiniones y principios en todo orden. Por encima de nuestras discrepancias, instintivas o razonadas, nos unía intensamente el vivo sentimiento de la peruanidad. Aquel anciano amaba el Perú con vehemencia y hondura indecibles. Toda su labor artística consistió en el encumbramiento y la glorificación del nacionalismo. En él se había concentrado la vida multiseccular de la tierra peruana. Tenía en el corazón el apego a los pasados tiempos, y muy particularmente a los del Virreinato, que marcaron nuestro apogeo. Si reconocía y señalaba, como toda persona sensata, sombras y vicios en ese pasado, daba a entender a las claras, o con reticencias expresivas, que alcanzó mayor felicidad que lo presente, y que aquellas sombras fueron menores y más clémentes o mitigadas, de lo que se ha pretendido. Viniendo a épocas posteriores, con motivo de su polémica sobre Montea-gudo y Sánchez Carrión, su certero criterio patriótico denunció las antiguas intervenciones forasteras y pseudo-libertadoras, en la efectividad ruinosas, pérfidas y tiránicas, paliadas por bambollas declamatorias. Y en estos momentos de su celebración centenaria, recordando cuáles fueron sus afectos más constantes, los nortes invariables de toda su existencia, creo escuchar su voz que resucita para dirigir el coro de las nuestras, en defensa y loor de nuestra Lima, tan torpemente afeada; de nuestra herencia española, tan estúpidamente renegada; y de nuestro Perú, tan inicuaemente cercenado, denostado y combatido.

He dicho.

Lima, 7 de Febrero de 1933.

J. de la Riva-Agüero y Osma.